

Carta á Rothschild

Mi querido barón:

Esta mañana nos hemos cruzado en una deliciosa alameda del Bosque, donde cantaba la primavera al borde de cada rama.

Yo paseaba feliz, tranquilo, con las manos en los bolsillos y la nariz al aire.

Usted, alto y poderoso señor, venía en sentido inverso, con la frente ceñuda, el aire preocupado y la vista baja. Yo calzaba zapatos algo deteriorados por un uso abusivo; usted, escarpines irreprochables; el césped amortiguaba nuestras pisadas; no nos hemos visto ni oido; y sin querer, nos hemos tropezado.

La mirada de usted, poco



benévola de costumbre, se ha endurecido más y he oido que decía entre dientes: "¡Innoble vagabundo!" Esta expresión colérica me ha hecho pensar que no debía usted ser feliz. Es usted archirrico; posee lo necesario y lo superfluo: pero necesita cañívaras, amontonar cifras, recibir pedidos, dar órdenes, vigilar legiones de empleados, firmar muchos cientos de cartas y papelotes... ¡qué sé yo!

Y toda esta bárbara ¿qué le produce en resumidas cuentas? Una mesa, una cama y cigarrillos.

Pues bien: yo tengo todo eso, con mucha más serenidad y alegría; y aparte de eso, no trabajo.

Le veo tristón y voy á so-

gadas á usted, por falta de tiempo.

Cuando tengo hambre, es pero mi turno en la sopa popular, donde me dan mi parte, sin que tenga que preocuparme en trazar la lista del "menu". ¡Tengo sed! Ahí están las fuentes públicas, con agua excelente y su poético cubilete de estanque. En cuanto al tabaco, no hay más que bajarse para recogerlo.

Si deseo escribir tengo papel, tinta, plumas y secante en todas las oficinas de correos; desde una de ellas le escribo.

La biblioteca me proporciona lecturas gratuitas. Además, tengo las más útiles militares, los cinematógrafos al aire libre, el espectáculo va-



riado y gratuito de los grandes almacenes; formo parte de la "claque" en la Ópera y me divierto mientras usted bosteza; por fin, veo tragedias reales en las sesiones de la Cámara de lo criminal.

En cuanto á mi ropa, la cosa es sencilla. Voy de tiempo en tiempo á casa de uno de sus amigos; un conde, árbitro de la elegancia, que me da sus trajes no muy usados, y como esto le permite ejercer la caridad, aun me queda reconocido.

Para dormir, el asilo de



correrle—cosa que no haría usted conmigo—dándole mi receta para vivir en grande y sin cuidados.

Consiste todo en saber dónde se encuentra lo necesario y tomarlo honradamente y con la menor fatiga posible. ¡Quiero ponerme al corriente de la política! Leo los diarios en la puerta de las redacciones. Después, si hace buen día, me siento al sol en un paseo público. Me han dicho que tiene usted lindos jardines; pero no duvide que las Tullerías, el Luxemburgo y el Parque Monceau son mucho mejores.

—¡Llueve? Me voy al Museo, infinitamente superior á todas sus colecciones, ¡qué tiene que ver! Y paso allí ratos y gozo emociones ne-



noche me abre su puerta: si estoy enfermo, tengo el hospital, y el día en que exhale "el ronquido horrible" tendré allí abajo, hacia Ivry, la fosa común..

¡Ah! mi estimado señor, cuando los dos estemos allí; usted en su mausoleo de mármol de Carrara incrustado de mosaicos, realizado con motivos en cobre cincelado y recargado de coronas y epitafios: ¡se figura que dormirás más tranquilo que yo entre mis cuatro tablas!

ALCIBIADES LARDECHE.

